

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

CON MI NOMBRE
Y APELLIDO

JUQUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO,

original de

D. VICENTE GARCÍA VALERO

música del maestro

D. TOMÁS REIG



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885



CON MI NOMBRE Y APELLIDO



CON MI NOMBRE Y APELLIDO

JUGUETE CÓMICO-LIRICO EN UN ACTO

original de

D. VICENTE GARCÍA VALERO

música del maestro

DON TOMÁS REIG

el. 1891

Estrenado con aplauso en Madrid, en el Teatro FELIPE la noche
del 7 de Setiembre de 1835.



MADRID: 1885

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑIA

Caños, 1.

PERSONAJES

ACTORES

DOÑA VALERIANA.....	Sra. D. ^a Concepción Rodríguez.
MARIANA.....	Srta. D. ^a Mercedes Vivero.
SABINA.....	Sra. D. ^a Adelina Rubio.
DON PRUDENCIO.....	Sr. Don José Rochel.
DON LEÓN.....	» José Portes.
FERNANDO.....	» Manuel Muñoz.
UN SERENO.....	» Eduardo Sánchez.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los señores comisionados de la Administración Lirico-Dramática, perteneciente á D. Eduardo Hidalgo, son los encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL APLAUDIDO Y DISTINGUIDO PRIMER ACTOR CÓMICO

SEÑOR DON JOSÉ RUBIO

Su compañero y amigo,

El Autor.

Madrid 10 de Setiembre de 1885.

. 612902



ACTO UNICO.

Sala, puerta al foro y dos laterales; en segundo término, izquierda (la del actor), otra puerta.—Alfombra, dos consolas con espejos; en una de las consolas, floreros y reloj, en la otra quinqué grande con luz.—A la derecha, y junto al proscenio, velador, y en él recado de escribir y tarjetero con tarjetas.—En segundo término de la derecha chimenea y varios frascos.—A la izquierda sofá, butacas, cortinajes, etcétera.

ESCENA PRIMERA.

MARIANA.

(Mirando al reloj.) Las diez ménos cuarto y ya lo tengo todo dispuesto; nada me resta que hacer, y como los señores no vendrán hasta las doce ó doce y media, me voy á aburrir de lo lindo. Lo más agradable que me ocurre, es bajar á la tienda de al lado; los dependientes son jóvenes muy amables y simpáticos; en cuanto me ven entrar se disputan el despacharme, y me dicen unos piropos, unas lindezas... que á mí no me disgusta el oirlas. El otro día me dijo el más joven, el moreno: «Escuche usted, parroquiana: en cuanto complete una pequeña cantidad que estoy reuniendo la voy á emplear en poner tienda de ultramarinos, y si usted fuera tan amable que quisiera favorecerme...»

—Sepamos de qué se trata.—«Poca cosa,» me contestó, «lo que yo deseo, es que usted se preste á que un pintor me haga su retrato de usted.»—Ay, qué gracia! Y para qué quiere usted mi retrato?—«Para ponerlo en la muestra, pues quiero que mi tienda se titule de la hermosura.»—Valgo yo mucho para estar de muestra.—«Y para estar en el mostrador?»—Cómo! «Qué, cómo, dice usted? Siendo reina absoluta de mi alma y de mis comestibles.»—Yo le contesté que eran cuestiones para arreglarlas en la parroquia. Lo cierto es que desde entónces me hace el amor en sério. Todos me quieren y me requiebran. Uno me llama cara de cielo, otro... qué sé yo! En fin, *ná*; música que suena muy bien al oído; pero que no me entusiasma.

MÚSICA.

El hombre que quiera hablarme
de su amor y su pasión,
es preciso que al Vicario
le haga exacta relación.

Pues es lo seguro
y gran verdad es,
que con sus embustes
nos engañan bien.

Con falda de lana
y buen guardapiés
me marchó á la calle
y luzco mi *aquel*.
Y hay quien al mirarme
se viene detrás
y elogia mi garbo,
mi gracia y mi sal.
Yo entónces le digo:
que no quiera Dios
que para dar *coba*
me componga yo.

No puedo ni me es posible
á los rubios rechazar,
y menos á los morenos
pues es fuego su mirar.

Pero reflexiono
después de pensar,
que si Pedro es malo
será peor Juan.

Las hembras de España
para el hombre son
lo que *pá* las flores
los rayos del sol.
Tenemos gracejo,
sabemos querer,
y no hay quien resista
á nuestro poder.
Y si hay algún sozo
que diga que no,
con dos miraditas
me lo atraigo yo.

(Hablado.) Con una miradita provocativa, al señor de Colón, el de la Castellana, á pesar de estar tan alto...

(Cantado.)

Me lo atraigo yo.

HABLADO.

Calla! Dónde he puesto la llave? (Buscándola en el velador.) La habrá tomado el señorito Fernando, en cuyo caso no puedo marcharme. Oigo abrir la puerta. Quién es?

ESCENA II.

DICHA.—FERNANDO, por el foro derecha, viene muy agitado.

FERN. Yo, Mariana.

MAR. Tomó usted la llave de la habitación?

FERN. Aquí la tienes.

- MAR. Qué le pasa! Se halla usted pálido, desencajado!
Le han dado á usted algún susto?
- FERN. Sí, digo, no. Mariana... tú me quieres mucho, y
te creo capaz de guardar un secreto.
- MAR. Puede confiarme lo que guste.
- FERN. Mis tíos han ido al Real?
- MAR. Sí señor.
- FERN. Es preciso ignoren que he salido. Toma esta le-
vita, es de mi tío; toma el sombrero, coloca am-
bas cosas en su cuarto y su sitio, que no estén
muy á la vista.
- MAR. El sombrero está hecho una tortilla.
- FERN. Sí; me he caído.
- MAR. Jesús! Ha caído usted de cabeza! De algún
balcón?
- FERN. No; de un nido.
- MAR. De un nido?
- FERN. Mujer, no me preguntes. Mañana, sin que se
entere mi tío, haré que lo planchen. Dame mi
americana, y coloca eso como te he dicho. (Ma-
riana hace mütis por la primera puerta izquierda.)
Dios mío, qué susto he llevado! Al cabo de siete
meses, sietel... que, apreciados comercialmente,
dán por resultado doscientos diez días. Cuatro-
cientas veinte poesías; la he escrito dos por día,
justo! sin contar alguna cartita extraordinaria
en prosa. Ay, si mis tíos lo supieran! tan buen
concepto como les merezco! Ya me temía algo
desagradable, desde la maldita casualidad de
venir á vivir esa mujer al cuarto tercero de esta
casa. Pero lo más grave ha sido lo ocurrido
esta noche: llego á la puerta de la habitación;
según costumbre, doy tres golpecitos en la mi-
rilla, el ventanillo se abre y la doy la salutación
de siempre, una tarjeta que contenía una quin-
tilla de primera fuerza; la toma; pero no era
ella, sino un energúmeno que abrió la puerta
y me dió tal puntapié, que he bajado rodando
las escaleras, hecho una pelota... El corría de-
trás de mí; pero iba tan ciego, que, en una de
mis caídas, tomó la delantera, y, creyendo que
me había escapado, salió hasta la calle; yo

aproveché mi feliz previsión... la llave! y abriendo rápidamente, me he puesto en salvo. Mañana les digo á mis tíos que he resuelto marcharme al pueblo y me voy; vaya si me marcho.... afortunadamente, esa mujer no sabe que somos vecinos, y también ignora mi verdadero nombre. Caramba! siento haber tomado el de mi tío!... No importa, véame libre, y suceda lo que quiera. Pero, quién será ese hombre! Tal vez su hermano?... Recuerdo que ella me há hablado de un hermano que estaba para llegar...

ESCENA III.

DICHO. — MARIANA.

- MAR. Ya queda hecho su encargo.
FERN. Acércame una silla.
MAR. Pero, qué le pasa á usted, señorito!
FERN. Me pasa... ay! ay! no puedo estar sentado. (Animal! Qué fuerza tiene en la punta del pié.)
MAR. Ha tenido usted algún lance desagradable? Cuéntemelo. Porque, la verdad, le quiero á usted bien, y me duele muchísimo!..
FERN. A mí me duele muchísimo más. (Ay!)
MAR. El qué, señorito?
FERN. El... el .. nada, no puedo decírtelo.
MAR. Habrá usted recibido un gran golpe en la caída?
FERN. En la caída, no; en lo que me ha hecho caer, sí.
MAR. Cayó usted de plano?
FERN. Sí; pero me dieron de punta.
MAR. Jesús! y en la cabeza! Me hago cargo de lo que habrá usted sufrido; bien claro lo manifiesta el sombrero.
FERN. Pues mira, no es el sombrero quien mejor puede imponerte de lo que ha pasado.
MAR. Los golpes en la cabeza son temibles.
FERN. Los hay que sin ser en la cabeza hacen mucho daño. (Campanillazos continuados en el foro.)
MAR. Llaman. Serán los señores? Me parece pronto!
FERN. No les digas que he salido; si te preguntan por mí, contesta que me acosté temprano; que

estoy malo, lo que quieras. (Se va por la puerta segunda de la izquierda.)

ESCENA IV.

DOÑA VALERIANA, apoyada en el brazo de DON PRUDENCIO.
—Les siguen MARIANA y UN SERENO, con capote y farol encendido.

(Preludio en la orquesta de la introducción del cuarto acto de «La Traviata.»)

- PRUD. Animo, Valeriana!
SER. Tranquilícese la señora. (Sientan á doña Valeriana en el sofa.)
MAR. Pobrecita ama! Pero, qué ha sido esto?
PRUD. Un síncope. Su afición favorita que la trastorna. Ella no puede ir al teatro, y mucho ménos á ver *La Traviata*.
SER. Yo tampoco puedo ir al teatro, enseguida me duermo.
VAL. Ay, me ahogo!
PRUD. Valor, Valeriana, valor.
VAL. Quiero llorar!
PRUD. Lloro, hija.
VAL. Y no puedo!
PRUD. Pues no llores entonces.
VAL. Tengo el corazón oprimido!
PRUD. A ver si hay medio de aflojarla.
SER. Sí, señor; sí que lu hay.
MAR. Quite usted, hombre.
PRUD. Mire usted, Ramón, acompañe usted á la chica; Mariana, anda por un médico, por el que viva más cerca.
SER. Anoche vinieron á llamar á uno que está en el pisu de arriba.
PRUD. Qué feliz casualidad, no lo sabíamos. Mariana, sube; hazlo bajar inmediatamente. Usted, Ramón, puede retirarse. Tome, para refrescar. (Mariana se va foro derecha.)
SER. Gracias; que pasé usted buena noche y que se alivien todos y lu mesmu á la señora.
PRUD. Se agradece Ah! Dios mío, qué cabeza tengol

Ahora me acuerdo que no he despedido al cochero. Tome, Ramón, páguele y dígale que se retire.

SER. Sí, señor, sí. Cunque lo dichu, celebraré que dentru de unos cuantus días ya esté buena la señora.

PRUD. Bueno, Ramón, bueno.

SER. (Volviendo desde el foro.) Ah! ya sabe usted que si algu le ocurre, conque se asome al balcón y me llame once ú doce veces, enseguida estoy aquí.

PRUD. Bien, hombre, bien. Buenas noches.

SER. Adios!

ESCENA V.

VALERIANA.—PRUDENCIO.

PRUD. Valeriana, se te va pasando?

VAL. Me encuentro mejor; pero es muy cruel... muy cruel...

PRUD. El qué, hija?

VAL. La pobre Violeta, perseguida por la fatalidad, abandonada de todo el mundo!

PRUD. Hasta del abono; menuda grita le han largado.

VAL. La pobre estaba ronca.

PRUD. Por eso tú debiste hacerte cargo, y no haberte impresionado.

VAL. Quitá! Quien, como yo, tiene el alma tierna, no puede ser indiferente á la acción que en la ópera se desarrolla. Aquel padre cruel, que la obliga al sacrificio de separarse de Alfredo!... *Dil suo amatissimo... amatissimo...*

PRUD. *Alfreti.*

VAL. Qué profieres?

PRUD. Sí, mujer! *Alfreti*; te he ayudado á buscar la frase.

VAL. Aquél es un padre tirano; es un padre...

PRUD. De guardaropía.

VAL. Y para dorar la píldora, le dice á Alfredo:

(Cantando de «La Traviata» segundo acto.)

*Ah! il tuo vecchio genitor,
tú non sai quanto soffrì...*

(Prudencio, mientras canta Valeriana, lleva el compás con el brazo, como si tocara un organillo de manubrio, y termina la frase, como burlándose de su mujer.)

PRUD.

(Cantando.)

Te lontano, di squallor.

(Hablado) Ahora sube la mona al baleón. (Imitando tirar del cordel, como lo hacen los de organillo ambulante que llevan dicho animalito.)

VAL.

Profano! No sabes apreciar el sabor musical.

PRUD.

Mujer, no parece sino que la música sea un merengue.

VAL.

Ignorantel no tienes paladar artístico.

PRUD.

Lo tengo de nacimiento.

ESCENA VI.

DICHOS.—MARIANA y DON LEON, foro derecha; éste viene de batín y en chinelas.

MAR.

Pase usted, caballero.

LEON.

Dónde está la enferma?

PRUD.

Aquí la tiene usted. Yo le suplico nos dispense le hayamos molestado.

LEON.

Nada de eso: en casa nos acostamos tarde, y además mi profesión me pone en el deber... (se ha sentado en el sofá al lado de Valeriana y se halla pulsándola.) Ha sufrido algún disgusto esta señora? Alguna emoción fuerte?

VAL.

Sí señor; la pobre Violeta...

LEON.

Alguna amiga.

PRUD.

Amiga precisamente, no; pero que... vamos... con franqueza; hemos ido al teatro Real, cantaban *La Traviata* y esta... pues... se ha puesto... *impresionata*.

LEON.

Comprendido.

PRUD.

Como tiene mucha gola artística, digo, paladar...

LEON.

(Pulsándola.) Excitación nerviosa. Dónde puedo recetar?

- MAR. Aquí. (Indicándole el velador; León pasa receta y deja el papel sobre el velador.)
- LEON. Esto que la prescribo es un calmante; como noto que se halla algo débil...
- MAR. Hoy ha comido muy poco...
- LEON. Perfectamente; trascurridas dos horas en que haya tomado el medicamento, puede muy bien alimentarse y dormir sosegadamente... esto no tiene importancia.
- PRUD. Gracias, querido vecino.
- LEON. León Filipino, en el cuarto tercero, me tienen ustedes á su disposición.
- PRUD. Se agradece, doctor. (Tomándola del tarjetero.) Aquí tiene usted mi tarjeta. (León guarda la tarjeta en la mano sin mirarla.)
- LEON. Les mandaré á ustedes la mía. Señora, que usted descanse.
- VAL. Gracias, caballero.
- LEON. Buenas noches.
- PRUD. Mariana, acompaña al señor. Adios, vecino.

ESCENA VII.

VALERIANA.—PRUDENCIO y á poco MARIANA por el foro derecha.

- PRUD. Tranquilízate, Valeriana. Tomarás el calmante y luego cenarás. Aunque nos acostemos tarde no importa.
- VAL. Dices bien.
- PRUD. Mariana, acompaña á tu señora á su habitación. Allí se está más abrigado.
- VAL. Yo iré sola. Me recostaré un poquito.
- PRUD. Sí! Corre, pichoncito mío: flor sensible, que te tronchas al soplo ronco de una traviata!
- VAL. No te burles, Prudencio. (Incomodada.)
- PRUD. No, mujer! Son bromitas. Adios. (Prudencio acompaña á Valeriana hasta la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS, menos VALERIANA.

PRUD. Dónde está Fernando?
MAR. Se acostó temprano, se sentía enfermo.
PRUD. Milagro! Siempre que se le necesita, no parece.
MAR. Yo iré á la botica.
PRUD. Cómo has de ir tú sola!
MAR. Llame usted á Ramón.
PRUD. A Ramón? Buen refuerzo! Me ha dicho que hay que darle doce voces, para que conteste. Iré yo.
MAR. Llaman? Quién será á estas horas!
PRUD. Anda á ver.

ESCENA VIII.

PRUDENCIO, y á poco DON LEON.

PRUD. Abrigándome bien... La botica no está léjos...
LEON. (Quédase mirando durante una pequeña pausa á Prudencio.) Caballero!...
PRUD. Querido vecino, usted!...
LEON. (Incomodado.) Suprima las frases cariñosas y...
PRUD. Por qué!...
LEON. Nada se me oculta. Se halla usted descubierto.
PRUD. Y qué tiene de particular?
LEON. Repito, (Muy incomodado.) que se halla usted descubierto.
PRUD. Bueno, no hay que alterarse; me pondré el sombrero.
LEON. Méenos disimulo. Lo sé todo!
PRUD. Señor mío...
LEON. Vengo á romperle á usted un hueso.
PRUD. Un hueso? Es que le hace á usted falta?
LEON. Me es indispensable para vengarme de sus insolencias; de la perturbación que ha tratado usted de llevar á mi casa.
PRUD. Cómo! qué! no comprendo!...
LEON. Señor don Prudencio, yo me llamo León.
PRUD. Africano?

- LEON. (Alzando la voz.) Filipino.
PRUD. Recuerdo que me lo dijo usted antes.
LEON. Prosigo. Cuando un mequetrefe como usted...
PRUD. Poco á poco; yo no tengo nada de mequetrefe.
LEON. Usted tiene mucho de mequetrefe, está dicho, y no me retracto.
PRUD. Convenido; no se retrate usted.
LEON. (Con reprimido coraje.) Pullitas á mi? Miserable, zascandil!
PRUD. Zascandil! Caballero, á mi edad...
LEON. Su edad de usted es una mentira.
PRUD. Qué es eso de mentiral
LEON. Sus hechos de usted la ponen en ridículo. Cuál es el estado de usted? Confiésemela la verdad. Es usted casado? (Amenazándole con la acción.) Dígame que sí y le aplasto de un puñetazo.
PRUD. (Con miedo.) Entonces, quiere usted le diga que no.
LEON. (Amenazándole.) Es usted casado?
PRUD. No, señor.
LEON. Perfectamente. Quién es esa señora?... la enferma... la que se hallaba antes aquí.
PRUD. Esa señora es mi... suegra.
LEON. Qué!
PRUD. Sí, señor; mi suegra, soy viudo.
LEON. Ah!
PRUD. Pero, podrá usted explicarme...
LEON. Y qué haría usted si hubiese imprudentes que tratasen de mofarse de la buena fe de su suegra?
PRUD. Me haría el distraído.
LEON. (Con desprecio.) Porque no tiene usted sangre.
PRUD. En este momento, ni gota.
LEON. Yo, por el contrario, tengo mucho corazón, soy médico militar...
PRUD. (Ya se te conoce la costumbre de alternar con los soldados.)
LEON. Pues bien: señor don Prudencio.
PRUD. (Con naturalidad.) Señor Habano.
LEON. Filipino! caballero. Y, no me cambie el nombre, porque le acogoto. A mí me supone usted muy poco, tanto... como un mosquito.

- PRUD. (Si yo fuera mosquito, ya te había dado un picotazo en las narices.)
- LEON. Espero que cumplirá como bueno.
- PRUD. Necesito explicaciones para saber lo que debo hacer.
- LEON. (Gritando.) No me irrite...
- PRUD. Pero hombre de Dios, no chille usted Si se entera mi mu... mi suegra, mi mamá política; ya comprende usted que en el estado que se halla...
- LEON. Por mí, que reviente.
- PRUD. Hombre! no.
- LEON. Estamos perdiendo mucho tiempo. Olvida usted mi carácter; olvida usted el puntapié que le dí no ha mucho.
- PRUD. Que usted me ha dado un puntapié?
- LEON. Sí señor, aunque no había luz en la escalera, comprendí perfectamente que le había alcanzado.
- PRUD. A mí un puntapié! Cómo?
- LEON. Como este. (Le dá un puntapié.)
- PRUD. Ay! Ay!
- LEON. Niegue usted que se lo he dado.
- PRUD. Ahora sí que no me cabe la menor duda. Lleva usted razón y una suela muy fuerte. (Este tio es un hipopótamo.) Debe usted conocer que aquí hay error. Usted confiesa que lo ocurrido ha sido en la oscuridad.
- LEON. Sí, eh! Le haré ver claramente quien soy yo. Puesto que usted necesita las cosas con cuchara.
- PRUD. No señor; no necesito las cosas con cuchara.
- LEON. Yo le digo á usted que con cuchara y con tenedor también.
- PRUD. Bueno, acepto el cubierto y pase usted adelante.
- LEON. Oiga usted. (Saca una tarjeta igual á la que le entregó Prudencio, y lee en el dorso:)
- Sabina del corazón,
siempre al llegar á tu puerta
en alas de mi pasión,
se aumenta más mi emoción
y mi cariño se aumenta.
Qué quintilla más ramplonal

- PRUD. Sí que me ha parecido endeble.
LEON. No se la dé usted de modesto.
PRUD. Yo! pero qué geroglíficos son estos?
LEON. Se atreverá á negar que estos versos son suyos.
Querrá ocultarme que pretende á mi hermana.
PRUD. Señor de Virginia!
LEON. Filipino. Desgraciado, mire usted la tarjeta,
exactamente igual á la que antes me dió.
PRUD. (Leyendo en la tarjeta que le presenta León.) Pru-
dencio Impertinencias, comerciantel
LEON. Niéguelo usted ahora.
PRUD. ¡¡Cielos!!

MÚSICA.

- LEON. Claro se vé.
No hay que negar
que esta es la prueba
de su maldad.
PRUD. Confuso estoy!
juro por Dios
que cuanto pasa
ignoro yo.
-
- LEON. Con torpe pretexto
no me ha de burlar,
que sé por mi vida
morir ó matar.
PRUD. Ni quiero matarle,
ni quiero morir,
pues solo deseo
comer y dormir.
LEON. Valiente cobarde,
por Cristo! será,
si no viene al campo
su furia á mostrar.
PRUD. El campo me gusta,
y suelo ir allá;
mas yo voy tan sólo
para merendar.
LEON. No irrite mi sangre;
confiésemme ya
que usted á mi hermana

- pretende engañar.
Pues esta tarjeta
la prueba me dió,
á qué me desmiente
si llevo razón?
PRUD. Ni sé de su hermana
ni quiero saber.
Valiente jaqueca
la que me dá usted!
Respecto á la prueba,
no sé qué decir;
yo solo preveo
que enredo hay aquí.
LEON. Pues ya que no hay modo
me dé explicación,
me temo que al cabo
lo mato...
PRUD. Ay! no! no!
LEON. Pues sea usted franco,
y dígame aquí
todo cuanto ocurra,
mas todo...
PRUD. Ay! sí! sí!

HABLADO.

- LEON. Veamos qué razones tiene que alegar para desmentir los hechos.
PRUD. Yo estoy aturdido! La tarjeta es mía, sí señor.
LEON. Prudencio Impertinencias, comerciante.
PRUD. De fideos, exactamente, no hace mucho me retiré, pero no alcanzo quién tiene facilidad para usar mis tarjetas.
LEON. Por manera que no ha escrito usted esto?
PRUD. En mi vida he entendido de poesía.
LEON. Pues, amiguito, yo conozco que estos versos son de usted.
PRUD. (Valiente penetración!) En qué? Sepamos.
LEON. En lo macarrónicos.
PRUD. Niego. Yo hubiera podido hacerlos con fideos; pero de macarrones no entiendo.
LEON. Fideos serán los que voy á hacer de usted.

- PRUD. Sosiéguese, amigo mío. Calma, señor de Peninsular.
- LEON. Qué?
- PRUD. Digo, Filipino.
- LEON. Voy por mi hermana; bajaremos ambos, quiero ponerle enfrente á su víctima, y hay de usted si se niega al casamiento.
- PRUD. Pues no he de querer?... Que baje la hermanita, que baje; verá usted como no me conoce.
- LEON. Hasta dentro de poco, señor don Prudencio.
- PRUD. Aquí aguardo señor de... cocodrilo.

ESCENA IX.

DON PRUDENCIO.

Caracoles! Vaya un lance, y un lance que no me explico. Por fortuna, en cuanto baje la hermana de ese energúmeno, todo se aclarará. A todo esto la pobre Valeriana sin tomar la medicina. Voy á la botica y vuelvo á escape. Vaya... que no comprendo... (Se vá llevándose la receta y un frasco de los que hay en la chimenea.)

ESCENA XI.

FERNANDO, por la segunda izquierda.—A poco VALERIANA.

Dios mio, que lío tan horroroso! Yo me voy á la calle. Si pudiera ver á Sabina trataría de vencerla para que calmase á su hermano, y por este medio ganar tiempo... me decido... voy á subir... pero y si me encuentro con el bárbaro del hermanito y me sacude otro puntapié? Qué demontre! Ahora ya me hallo prevenido y no será fácil se repita el encuentro. Probemos. (Se vá de puntillas por el foro derecha.)

VAL. Prudencio! (Viene con gorro de dormir. Saca una lamparilla encendida que deja encima del velador.) Mariana! Por dónde andarán? Habrán ido á la botica? Pero me parece que tardan mucho! Muchacha...

ESCENA XII.

DOÑA VALERIANA.—DON LEON, viene por el foro derecha.

- LEON. Señora.
VAL. Quién es usted?
LEON. Se halla usted más aliviada?
VAL. Ah! Usted es el médico! Para qué se ha molestado en volver á bajar. (A indicación de doña Valeriana, se sientan.)
LEON. Me trae un asunto de mucha importancia, el cual he de tratar con su yerno.
VAL. Yerno! Yo no tengo ningún yerno.
LEON. Cómo, no!
VAL. (Sin duda se refiere á Fernando.) Es mi sobrino.
LEON. Sobrino? Pues si él me dijo...
VAL. El! Entendería usted mal.
LEON. No, señora, estoy muy cierto; hijo político de usted.
VAL. (Incomodada) Vaya! pues usted lo sabrá mejor que yo. Y qué es ello?
LEON. Nada de particular. Dígame usted, señora... le tiene usted mucho tiempo á su lado?
VAL. A quién?
LEON. A su... sobrino.
VAL. Siete meses. El tiempo que está cesante. Ha venido á Madrid para ver si consigue se le reponga en su empleo.
LEON. Yal! En su fábrica de fideos.
VAL. Qué fideos son esos? (Este hombre está tocado.)
LEON. Me dice usted que quiere volver á su empleo, y como está retirado...
VAL. Retirado, de dónde?
LEON. De dónde ha de ser? De la fabricación de fideos.
VAL. Y vuelta con los fideos! Me está usted mareando, caballero.
LEON. Su yerno de usted me dijo...
VAL. Y dale con los yernos! Sobrino, es sobrino, como también sus pobrecitos hijos son sobrinos míos.
LEON. Ah! pero tiene hijos!

- VAL. Siete, caballero.
- LEON. Ignoraba que hubiera tenido familia. Por manera que no tiene bienes.
- VAL. Ninguno.
- LEON. Yo le creí rico.
- VAL. No sé por qué.
- LEON. Me decía que se había retirado del comercio.
- VAL. De qué comercio?
- LEON. Del de fideos, señora.
- VAL. Ufl qué empacho de fideos me está usted dando!
- LEON. Señora, díjéralos usted, porque á mí me interesa mucho el hablar de ellos.
- VAL. Pero, hombre de Dios, si está usted trascordado; si quien ha tenido esa fabricación he sido yo; yo que la heredé de mis padres.
- LEON. Pues él me había dicho... y como en las tarjetas pone; comerciante.
- VAL. Comerciante en qué!...
- LEON. En... eso, que usted no quiere que la nombre.
- VAL. Pero de quién me habla usted!
- LEON. De don Prudencio Impertinencias, sobrino de usted.
- VAL. Sobrino! Ese que usted dice es mi esposo.
- LEON. (Se levantan.) Su esposo! Mentira.
- VAL. Desvergonzado.
- LEON. Usted no tiene cara de ser su mujer.
- VAL. Que no! Pues de qué tengo yo cara, sepamos.
- LEON. De lo que él me ha dicho, y en vano se empeña usted en ocultar. Usted es su suegra.
- VAL. Un demonio! Soy su mujer, su esposa ante Dios.
- LEON. Pero es cierto que se halla casado?
- VAL. Y tan cierto. Yo creí que hablaba usted de mi sobrino.
- LEON. No sé quien es; no conozco más que á ese infame marido de usted, á quien he de hacer pisto.
- VAL. Explíqueme usted...
- LEON. Silencio! Mi hermana.

ESCENA XIII.

DICHOS.—SABINA, por el foro derecha.

- SAB. Buenas noches, señora. León sube á casa. Cálmate, y mañana yo te prometo que todo se arreglará felizmente.
- LEON. No hay arreglo posible, querida Sabina. Tú ignoras!...
- SAB. No ignoro nada.
- LEON. Sí, desventurada.
- SAB. Te digo que no, por que acabo de hablar con él.
- LEON. Con quién?
- SAB. Con Prudencio.
- VAL. Mi marido!
- SAB. Qué dice esta mujer?
- LEON. Nada. El esposo de esta señora se llama también Prudencio... (Aparte á doña Valeriana.) Cállese usted, yo se lo suplico.
- VAL. Ne me da la gana.
- SAB. Pero qué pasa, hermano mío?
- LEON. Sabe que esta señora es tía de Prudencio, se halla enferma y he venido ..
- SAB. Ah! usted es la enferma? Pero si me acaba de decir Prudencio que su tía había muerto de repente hace poco.
- VAL. Un demonio!
- SAB. Y que esto le impedía el poderte ver esta noche, pero que mañana hablaría contigo y...
- VAL. Le he de sacar los ojos.
- LEON. Mira, Sabina, vete arriba, reúne cuantos escritos tengas de ese caballero y vuelve.
- SAB. Más!...
- LEON. Luego te impondré de todo; hay que devolverle sus cartas. Ese hombre no puede convenirte.
- SAB. No creas que me inspiraba mucha confianza; así que no lo sentiré gran cosa.
- VAL. Es que aun cuando lo sintiera usted..
- LEON. (Aparte á Valeriana.) Por favor, señora.
- SAB. Hermano mío, dime lo que ocurre.

LEON. Luego lo sabrás; Sabina, obedéceme, no te detengas.
SAB. Voy. (Se va foro derecha.)

ESCENA XIV.

DICHOS, menos SABINA.

(Doña Valeriana se pasea agitada, haciéndose aire con el pañuelo. León se cruza de brazos mirándola.)

LEON. (Después de una pausa y con ira reconcentrada.)

VAL. Qué me dice usted del comerciante de fideos?
LEON. Que lo voy á hacer sémola. Ah! pillo, libertino, viejo verde. Y parece mentira que una muchacha joven, como lo es su hermana de usted, haya hecho caso de ese carcamal.

LEON. Apenas se han visto. En el poco tiempo que ese infame la ha pretendido, le ha hecho el amor por medio de cartas.

VAL. Cartas!

LEON. Sí, señora, en verso.

VAL. En verso! y á mí en su vida me ha dedicado una aleluya... oh! ya me las pagará. Creo que viene; sí, sí, es él. Ocúltese usted en mi cuarto y no salga hasta el momento oportuno. Antes de sacrificarlo, quiero atormentarle. Disimulemos. (Leon entra en el cuarto de la primera puerta derecha.)

ESCENA XV.

VALERIANA.—DON PRUDENCIO.

PRUD. (La botella que llevó la deja en el velador) Cielos, mi mujer! (Si habrá bajado ese hotentote!)

VAL. (Con alegría y amabilidad aparentes.) Hola, Prudencio, hijo mío, has ido tú á la botica?

PRUD. Era tarde y no he querido que fuera la chica. Cómo te encuentras?

VAL. Divinamente. Tanto es así, que no quiero tomar la medicina.

PRUD. Valeriana! Haces mal, la prudencia aconseja..

- VAL. Mira, déjame de prudencias; yo sólo quiero á mi Prudencio, á mi maridito.
- PRUD. (Qué cariño tan estemporáneo!)
- VAL. Ven, siéntate á mi lado. (Con mucho mimo.) Eres feliz?
- PRUD. Mucho, tórtola mía.
- VAL. Así me gusta, que me llames tórtola y yo te llamaré jilguerito de mi vida, y tú me dirás...
- PRUD. Pamplina para los canarios, digo, no, mía! mía!...
- VAL. Eso, eso. Te acuerdas de nuestra boda?
- PRUD. Mucho tiempo hace; pero sí me acuerdo.
- VAL. Cómo nos envidiaban todos. La comida fué excelente! Luego hubo baile, concierto... recuerda aquellas canciones que tanto te aplaudieron?
- PRUD. Sí; creo hacer memoria.
- VAL. Y la letra era tuya.
- PRUD. Sí, yo la improvisé.
- VAL. Concédeme un pequeño favor; aquí tienes la guitarra. (Cogiéndola de encima de algún mueble.) Recuérdame aquellos cantos.
- PRUD. Pero mujer, á estas horas!
- VAL. Qué importa!
- PRUD. (De todo tiene la culpa el haber ido al Real, de lo contrario estaríamos durmiendo.)
- VAL. (Haciéndole mimos.) Vamos... anda.
- PRUD. Voy á cantarte.
- VAL. (Con zalamería.) Y mírame con amor, con entusiasmo, como lo hacías entónces.
- PRUD. Me va á faltar expresión.

MÚSICA.

El amor en los amantes,
es cohete volador,
que con muy poquita lumbre
te le ves que hace *chis... pon...*
Pero así que se han unido
la pasión está en un tris,
y el cohete no hace *pún,*
pues que solo hace *chis... chis.*
Desde nuestra boda
era de esperar,

que los artificios
se acabaran ya.
Pero soy feliz
á la vez que tú,
con el *chis... chis... chis*,
aunque no haga *pún*.

Es amor en las doncellas
dinamita superior
y no hay hombre que resista
el disparo de un *chis... pón*.
El amor de las casadas
bien se puede resistir,
pues con pólvora tan sólo...
el disparo hace *chis... chis*.
Tú, querida esposa,
en tiempo mejor,
no hay duda que vences
al rey que rabió.
Pero soy feliz
á la vez que tú,
con el *chis... chis... chis*
aunque no haga *pún*.

- VAL. (Abrazándole entusiasmada.) Sublime, Prudencio
míol
- PRUD. Celebro el éxito.
- VAL. Tu garganta conserva la frescura de cuando
nos casamos.
- PRUD. (Con desaliento.) Sí, la garganta, sí.
- VAL. Paréceme que fué ayer, y sin embargo hace
muchos años que nos une la dulce cadena...
- PRUD. Veinte y cuatro eslabones tiene la cadena.
- VAL. Veinte y cuatro años! Llevas la cuenta muy
exactamente.
- PRUD. No tengo nada que hacer, y es natural que me
entretenga...
- VAL. Para distraer tus ratos de ocio, debías cultivar
algún arte.
- PRUD. Bueno! Me prestas el tuyo de cocina y lo estu-
diaré.

- VAL. Me refiero á las bellas artes. La música, la poesía...
- PRUD. La poesía?
- VAL. (Le ha hecho efecto.) No te gustan los versos... se expresan tantas cosas con ellos, sobre todo para el amor...
- PRUD. El amor! Valeriana, no sé qué noto en tí.
- VAL. (Con amabilidad.) Qué notas? Pues nada! Lo que pasa es, (Estallando.) que te hallas descubierto. He sabido que eres un infame, un viejo baba... con pretensiones de seductor.
- PRUD. Yo! (Ya pareció aquello.)
- VAL. Atreverte á hacer el amor á una muchacha soltera, escribirla cartitas en verso. Te voy á sacar los ojos. (Arremetiéndole.)
- PRUD. Eal ya me voy amostazando. No consiento que se me insulte cuando en nada he delinquido.
- VAL. Te atreverías á negarlo?
- PRUD. Nada niego, ni nada sé; nquí no hay más que tú has hablado con ese novillo suelto, que anda por aquí disfrazado de médico y él ha sido el que te ha hecho creer tales patrañas. A mí al principio logró infundirme miedo; pero ya no le temo; ya no le huyo, y en prueba de ello voy por mi estoque y donde quiera que lo encuentre, lo perforo.
- VAL. Tú?
- PRUD. Yo. Ya verás. De seis pinchazos lo convierto en colador.
- VAL. Eres culpable y no te atreverás.
- PRUD. Te juro que en cuanto se me presente ese fanfarrón embustero, me lo meriendo.
- LEON. Aquí estoy yo.

ESCENA XVI.

DICHOS.—DON LEON.

- PRUD. (Huyendo sin sabor por donde.) (Ave María Purísima!)
- VAL. (En el centro de los dos.) Aquí le tienes; veamos tu valor.

- PRUD. (Dios mío! qué he hecho yo!)
- VAL. Anda, atrevete.
- PRUD. Valeriana, por Dios! soy inocente.
- LEON. Inocente? y ha tenido usted la audacia de hablar á mi hermana y decirle que mañana se arreglaría todo.
- PRUD. Yo!
- VAL. Sí, tú. Y la has dicho que yo había muerto de repente.
- PRUD. Qué barbaridad! Per , cuándo ha sido eso?
- VAL. Al ir á la botica. En la escalera.
- PRUD. Pero si no he visto á nadie, ni conozco á la hermana del señor. Esto es incomprendible!
- LEON. Basta de razones; sígame usted.
- PRUD. (Dejándose llevar) Dónde vamos?
- LEON. A la calle.
- PRUD. Yo no voy. (Escapándose.)
- LEON. Se me va acabando la paciencia; voy á no hacer caso de que está usted en su casa, y á matarlo como á un perro.
- VAL. Ande usted con él, León, á él.
- PRUD. (Y mi mujer lo achucha como si fuera un mastín.)
- VAL. Cuanto más pronto me lo mate usted, mejor.
- PRUD. (Parapetándose detrás de una butaca.) Asesino hembra! Mira que te arrepentirás de haberme causado daño.
- VAL. Nunca.
- PRUD. Valeriana, acuérdate que mi mejor recomendación, es que jamás hemos tenido disgustos.
- VAL. No me persuades.
- PRUD. Acuérdate de los veinticuatro eslabones que nos unen.
- LEON. Basta de palabrería; sígame usted. (Agarrándolo.)
- PRUD. Favor! socorro!
- LEON. Méenos gritos.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS.—SABINA.—MARIANA, por el foro derecha.—Sabina trae una caja que figura contener cartas.

- SAB. León, qué pasa aquí?
LEON. Que voy á matar á ese vil.
SAB. Por qué? (Sabina queda á la derecha del actor, á la izquierda de ésta León, luego sigue Valeriana y luego Prudencio.)
VAL. (Cojiéndole por la oreja.) Ven aquí, libertino, ven ante la que querías engañar.
LEON. Sabina, este miserable pretendía reirse de tí.
SAB. Quién?
PRUD. (Como conformado.) Yo, señorita.
SAB. No entiendo! Dice mi hermano que usted quería reirse de mí!
PRUD. Soy muy bromista.
SAB. Yo no conozco á usted, caballero!
LEON. Que no lo conoces!
SAB. En mi vida le he visto.
VAL. Será verdad!
PRUD. Gracias á Dios! Vamos, lo ven ustedes. (Queriendo pegar á don León.) Qué me dice usted ahora, señor Entrefuerte.
LEON. Que no veo claro.
PRUD. Traerán más luz. Y usted, doña Valeriana, tendrá que pedirme perdón.
VAL. Mas por qué te acusan.
LEON. Las apariencias le condenan.
SAB. He traído las cartas.
LEON. Venga una de ellas, salgamos de dudas; conoce usted este escrito? (Sabina habrá dejado la caja encima del velador.)
PRUD. (Acercándose para leer á la lamparilla del velador.) A ver; creo que no me engaño. Ah! Ya caigo por qué firma con mi nombre y apellido y por qué usaba mis tarjetas. Esta letra es de mi sobrino.
LEON. y SAB. Su sobrino!!
MAR. (Tiró el diablo de la manta.)

- VAL. Jesús, qué escándalo!
LEON. Y dónde está ese hombre; necesito su sangre...
SAB. Hermano mío, no te acalores; estos señores se encargarán de devolverle las cartas, no des importancia á ese embustero, del cual no volveré á acordarme.
- LEON. Tienes razón, Sabina, vámonos á casa... Buenas noches.
- VAL. Vayan ustedes con Dios.
PRUD. (Mirando á Valeriana) Qué te parece de Fernandito?
- VAL. Nunca lo hubiera creído.
LEON. (Entra rápidamente por el foro, sin su hermana, y se coloca entre los dos.) Una palabra... (A Prudencio.) Cree usted que su sobrino se casará con mi hermana?
- PRUD. Por qué no? En cuanto enviude...
LEON. (A Valeriana) No me dijo usted que ya lo estaba?
- VAL. No, señor! Yo dije que tenía hijos; mas no hablamos de su estado.
- LEON. (Dá una fuerte patada que alcanza á don Prudencio y sale escapado por el foro derecha.) Rayos y truenos!
- PRUD. Ay! Ay! Hasta última hora me ha sido molesto este hombre.
- VAL. No me guardas rencor, Prudencio mío, por haber dudado de tí injustamente?
- PRUD. Todo pasó, y en prueba de ello... Mariana, pon la cena y si viniera mi sobrino que se lleve su baul y díle que no quiero verle. (Mariana hace mütis por el foro izquierda.)
- VAL. Ya que volvemos á disfrutar de paz y de tranquilidad, mañana iremos al teatro.
- PRUD. Siempre y cuando no hagan *La Traviata*, pues temo á alguna impresión.

(Al público.)

Ahora suplica el autor,
que al formar tus opiniones,

le dispenseis el favor
de suprimir el rigor
y otorgarle mil perdones.

(Música en la orquesta.)

FIN DEL JUGUETE.



PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.^ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.^ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Vallés*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Foscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.